

Franz Kafka

El castillo

Traducción de Miguel Sáenz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Das Schloss*

Primera edición: 1971

Tercera edición, con nueva traducción: 2014

Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Miguel Sáenz

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8350-8

Depósito legal: M. 33.780-2013

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. Llegada
31	2. Barnabas
53	3. Frieda
65	4. Primera conversación con la posadera
81	5. Con el alcalde
105	6. Segunda conversación con la posadera
122	7. El maestro
134	8. Esperando a Klamm
146	9. Lucha contra el interrogatorio
159	10. En la calle
167	11. En la escuela
181	12. Los ayudantes
190	13. Hans
203	14. El reproche de Frieda
217	15. Con Amalia
229	16. [Con Olga]
249	17. El secreto de Amalia
269	18. El castigo de Amalia
282	19. Rogativas
292	20. Los planes de Olga
313	21. [En la Posada de los Señores]
324	22. [Encuentro con Frieda]
338	23. [El secretario Bürgel]
359	24. [En el pasillo de los secretarios]
380	25. [Conversación con Pepi]

1. Llegada

Había caído la noche cuando K. llegó. El pueblo estaba sumido en la nieve. No se veía nada del cerro del castillo, lo rodeaban niebla y tinieblas, y ni la lucecita más débil sugería el gran castillo. K. permaneció largo rato en el puente de madera que llevaba de la carretera al pueblo, mirando al aparente vacío de allí en lo alto.

Luego buscó alojamiento para la noche; en la posada estaban aún despiertos, el posadero no tenía habitación para alquilar pero, sumamente sorprendido y confuso por aquel huésped tardío, se manifestó dispuesto a dejar dormir a K. en la sala, en un jergón de paja, y K. estuvo de acuerdo. Había allí aún algunos aldeanos con sus cervezas, pero él no quiso hablar con nadie, fue a buscar por sí mismo su jergón al desván y se echó cerca de la estufa. Hacía calor, los aldeanos guardaban silencio, él los examinó todavía un rato con sus ojos fatigados y se durmió.

Sin embargo, poco tiempo después lo despertaron. Un joven, vestido de ciudad y con rostro de actor, de ojos pequeños y cejas muy marcadas, estaba a su lado con el posadero. Los aldeanos seguían allí, y algunos habían dado vuelta a sus sillas para poder ver y oír mejor. El joven se disculpó muy cortésmente por haber despertado a K., se presentó como hijo del alcaide del castillo y dijo: «Este pueblo pertenece al castillo, y quien vive o pernocta aquí, vive o pernocta, por decirlo así, en el castillo. Nadie puede hacerlo sin la autorización del conde. Usted, sin embargo, no tiene esa autorización o, por lo menos, no la ha mostrado».

K., que se había incorporado a medias, alisándose el pelo, levantó la vista hacia aquella gente y dijo: «Pero ¿a qué pueblo he venido a parar? ¿Es que hay aquí algún castillo?».

«Desde luego», dijo el joven despacio, mientras, aquí o allá, alguno sacudía la cabeza ante lo dicho por K., «el castillo del señor conde de Westwest.»

«¿Y hay que tener autorización para pasar aquí la noche?», preguntó K. como si quisiera convencerse de no haber soñado quizá aquellas tempranas noticias.

«Hay que tener autorización», fue la respuesta, y hubo en ella un grosero desprecio hacia K. cuando el joven, abriendo los brazos, preguntó al posadero y a los huéspedes: «¿Acaso no hay que tener autorización?».

«Pues tendré que ir a buscarla», dijo K. bostezando, y apartó de sí la manta como si fuera a levantarse.

«¿Y de quién?», preguntó el joven.

«Del señor conde», dijo K., «no hay otro remedio.»

«¿Ir a buscar a medianoche la autorización del señor conde?», exclamó el joven, retrocediendo un paso.

«¿No es posible?», preguntó K. tranquilamente. «Entonces, ¿por qué me ha despertado?»

El joven se puso fuera de sí: «¡Vaya unos modales de vagabundo!», exclamó. «¡Exijo respeto hacia la administración condal! Lo he despertado para comunicarle que debe abandonar inmediatamente el condado.»

«Basta de farsa», dijo K. con voz sorprendentemente baja, se acostó y se tapó con la manta. «Joven, va usted un poco demasiado lejos y mañana tendré que ocuparme de su comportamiento. El posadero y estos señores serán mis testigos, si es que los necesito. Por lo demás, sepa usted que soy el agrimensor que el conde ha hecho venir. Mis ayudantes llegarán mañana en coche con los instrumentos. No he querido renunciar a la caminata por la nieve, pero desgraciadamente me he perdido varias veces y por eso he llegado tan tarde. Que lo es demasiado para presentarme en el castillo lo sabía antes de que usted me informara. Por eso me he conformado también con este alojamiento para la noche, que usted –por decirlo suavemente– ha tenido la descortesía de perturbar. Y con eso acaban mis explicaciones. Buenas noches, señores.» Y K. se volvió hacia la estufa.

«¿Agrimensor?», oyó preguntar con vacilación a sus espaldas y luego hubo un silencio general. Pero el joven se rehízo pronto y dijo al posadero, en tono suficientemente bajo para que pareciera que lo hacía por consideración al sueño de K. y suficientemente alto para que este lo oyera: «Preguntaré por teléfono». ¿Cómo? ¿También un teléfono en aquella posada de pueblo? Estaba magníficamente equipada. El detalle sorprendía a K., pero al fin y al cabo lo había supuesto. Resultó que el teléfono estaba situado

casi encima de su cabeza: en su somnolencia no lo había visto. Si el joven tenía que telefonar, no podría, ni con la mejor voluntad, respetar el sueño de K., y ahora se trataba solo de si K. lo dejaría telefonar; decidió dejar que lo hiciera. Sin embargo, tampoco tenía sentido seguir haciéndose el dormido, y por ello volvió a ponerse de espaldas. Vio a los aldeanos aproximarse tímidamente entre sí y conversar: la llegada de un agrimensor no era cosa baladí. La puerta de la cocina se había abierto y allí estaba, llenando el espacio, la imponente figura de la posadera; el posadero, de puntillas, se acercó a ella para informarla. Y entonces comenzó la conversación telefónica. El administrador dormía, pero un subalcaide, uno de los subadministradores, un tal señor Fritz, estaba allí. El joven, que se presentó como Schwarzer, dijo que había encontrado a K., un hombre de treinta y tantos años, bastante mal vestido, durmiendo tranquilamente sobre un colchón de paja, con una diminuta mochila como almohada y un bastón nudoso al alcance de la mano. Como era natural, le había resultado sospechoso y como el posadero, evidentemente, había descuidado su deber, había sido el suyo, el de Schwarzer, llegar al fondo del asunto. El ser despertado, el interrogatorio y la obligada amenaza de ser expulsado del condado le habían sentado muy mal a K.; por lo demás tal vez con razón, como se había visto en definitiva, pues afirmaba ser un agrimensor llamado por el señor conde. Naturalmente, era deber al menos formal de Schwarzer comprobar tal afirmación y por ello rogaba al señor Fritz que se informase en la secretaría central de si realmente se esperaba a un agrimensor de esa clase y telefonease enseguida la respuesta.

Luego se hizo el silencio, Fritz se estaba informando al otro lado y aquí aguardaban la respuesta; K. permaneció como estaba y ni siquiera se dio la vuelta, no parecía curioso en absoluto y miraba al vacío. El relato de Schwarzer, con su mezcla de malevolencia y cautela, le daba una idea de la formación por decirlo así diplomática de que disponían fácilmente en el castillo incluso personas de poca importancia como Schwarzer. Y tampoco escaseaba la diligencia: la secretaría central tenía un servicio nocturno. Y, al parecer, respondía con mucha rapidez, porque Fritz estaba llamando ya. De todas formas, a K. la comunicación le pareció muy breve, porque Schwarzer, inmediatamente, arrojó el auricular. «¡Ya lo había dicho yo!», gritó. «Ni rastro de agrimensor; un vulgar vagabundo mentiroso, y probablemente algo peor.» Por un momento K. pensó que todos, Schwarzer, los aldeanos, el posadero y la posadera, se iban a echar sobre él y, para esquivar al menos el primer ataque, se escondió totalmente bajo la manta, pero a continuación –volvió a asomar lentamente la cabeza– el teléfono sonó otra vez y, según le pareció a K., de forma especialmente insistente. Aunque era improbable que ello tuviera que ver otra vez con K., todos se quedaron quietos y Schwarzer volvió al aparato. Allí escuchó una explicación bastante larga y luego dijo en voz baja: «¿O sea que es un error? Me resulta muy desagradable. ¿Que ha telefonado personalmente el jefe de la oficina? Muy extraño, muy extraño. ¿Cómo se lo voy a explicar ahora al señor agrimensor?».

K. escuchaba atentamente. Así pues, el castillo lo había llamado agrimensor. Por un lado, eso no lo favorecía, porque indicaba que el castillo sabía de él todo lo necesario,

había sopesado la relación de fuerzas y había aceptado la lucha sonriendo. Por otra parte, era algo favorable, porque, en su opinión, demostraba que lo subestimaban y que tendría más libertad de la que había podido esperar de antemano. Y si creían poder mantenerlo asustado reconociéndole, con aquella indudable condescendencia, su condición de agrimensor, se equivocaban, porque aquello le producía un ligero estremecimiento, pero eso era todo.

K. rechazó con un gesto a Schwarzer, que se acercaba tímidamente; rehusó trasladarse a la habitación del propio posadero, como este le instaba a hacer; solo aceptó de él un trago para dormir bien, y de la posadera una palangana con jabón y toalla, y ni siquiera tuvo que pedir que desalojaran la sala, porque todos, apartando el rostro para no ser reconocidos por él al día siguiente, se apresuraron a salir; apagaron la lámpara y tuvo por fin tranquilidad. Durmió profundamente hasta la mañana, molestado apenas fugazmente, una o dos veces, por ratas que pasaban con rapidez.

Después del desayuno, que, como todos los gastos de K., según el posadero, sería abonado por el castillo, quiso ir enseguida al pueblo. Sin embargo, como el posadero –con el que hasta entonces, recordando su comportamiento del día anterior, se había limitado a hablar lo indispensable– no hacía más que dar vueltas a su alrededor con súplica muda, se compadeció de él y le permitió sentarse a su lado un momento.

«Todavía no conozco al conde», dijo K.; «al parecer paga bien por un buen trabajo, ¿no? Cuando, como yo, se va uno tan lejos de mujer e hijo, quiere poder llevar algo a casa a la vuelta.»

«En ese sentido no necesita preocuparse el señor: no se ha oído a nadie quejarse de haber sido mal pagado.»

«Bueno», dijo K., «la verdad es que no soy una persona tímida y puedo decirle también a un conde lo que pienso, pero naturalmente es mucho mejor resolver las cosas con los señores pacíficamente.»

El posadero estaba sentado frente a K. al borde del banco de la ventana; no se atrevía a sentarse más cómodamente y no dejaba de mirar a K. con sus grandes ojos pardos y temerosos. Al principio se había acercado a él, pero ahora parecía como si hubiera preferido escapar. ¿Temía que K. lo interrogase sobre el conde? ¿Temía no poder confiar en aquel «señor», como consideraba a K.? K. tenía que desviar su atención. Miró el reloj y dijo: «Pronto llegarán mis ayudantes, ¿podrás alojarlos aquí?».

«Desde luego, señor», dijo él, «pero ¿no vivirán contigo en el castillo?»

¿Renunciaba tan fácilmente y de tan buena gana a sus huéspedes, especialmente a K., y los enviaba sin demora al castillo?

«Eso no es seguro aún», dijo K.; «primero tengo que saber qué clase de trabajo me reservan. Si, por ejemplo, tuviera que trabajar aquí abajo, sería también más razonable vivir aquí. Además, me temo que la vida en el castillo no me gustaría. Quiero sentirme libre siempre.»

«No conoces el castillo», dijo el posadero en voz baja.

«Evidentemente», dijo K., «no hay que hacer juicios prematuros. De momento solo sé del castillo que saben elegir al agrimensor apropiado. Quizá tenga otras ventajas.» Y se puso en pie, para librarse del posadero, que se

mordía los labios inquieto. No era fácil ganarse la confianza de aquel hombre.

Al irse, K. observó en la pared un retrato oscuro en un marco oscuro. Lo había visto ya desde el lecho, pero no había podido distinguir a distancia los detalles y pensó que habían quitado del marco el verdadero cuadro y solo se veía el fondo negro. Sin embargo, se trataba de un cuadro, como podía ver ahora: el busto de un hombre de unos cincuenta años. Tenía la cabeza tan inclinada sobre el pecho que apenas se le veían los ojos, y parecían obligarlo a esa inclinación la frente alta y pesada y la nariz, muy curvada. La barba, aplastada contra la barbilla a consecuencia de la posición de la cabeza, se extendía por abajo. La mano izquierda se apoyaba abierta en los espesos cabellos, pero era incapaz de levantar la cabeza. «¿Quién es?», preguntó K. «¿El conde?» Estaba ante el retrato y no se volvió para mirar al posadero. «No», dijo el posadero, «el alcaide.» «Verdaderamente, qué alcaide más apuesto tienen en el castillo», dijo K., «lástima que tenga un hijo tan descastado.» «No», dijo el posadero, atrayendo un poco hacia sí a K. y susurrándole al oído: «Schwarzer exageró ayer; su padre no es más que un subalcaide e incluso uno de los menos importantes.» En ese momento, el posadero le pareció a K. un niño. «¡Qué granuja!», dijo K. riéndose, pero el posadero no se rió con él sino que dijo: «También su padre es poderoso.» «¡Vamos!», dijo K. «Tú crees que todos son poderosos. ¿Yo también?» «A ti», dijo él tímida pero seriamente, «no te considero poderoso.» «Entonces eres muy buen observador», dijo K., «la verdad es que poderoso, dicho sea en confianza, no lo soy. Y, como consecuencia, probablemente no respeto menos

a los poderosos que tú, aunque no soy tan sincero y no siempre quiero reconocerlo.» Y, para consolarlo y congraciarse más con él, le dio una palmadita en la mejilla. El posadero sonrió un poco. Era realmente un muchacho, con aquel rostro blando y casi imberbe. ¿Cómo había dado con aquella mujer ancha y de edad, a la que, detrás de una ventanilla, se veía trajinar por la cocina, allí al lado, con los codos muy separados del cuerpo? Pero K. no quiso insistir más con él para que no acabara por desaparecer su sonrisa, le hizo solo gesto de que le abriera la puerta y salió a la hermosa mañana de invierno.

Entonces vio arriba el castillo claramente dibujado en el aire limpio, y más claro aún por la delgada capa de nieve que había por todas partes y que imitaba todas las formas. Por lo demás, arriba en el cerro parecía haber mucha menos nieve que en el pueblo, en donde K. no avanzaba con menos esfuerzo que el día anterior por la carretera. Aquí la nieve llegaba hasta las ventanas de las cabañas y pesaba también sobre los bajos tejados, pero allí en el cerro todo se alzaba libre y ligero o, al menos, así parecía visto desde abajo.

En conjunto, el castillo, tal como se mostraba a lo lejos, correspondía a las expectativas de K. No era un viejo castillo feudal ni una fastuosa construcción moderna sino una extensa estructura, compuesta de algunos edificios de dos pisos y de muchos edificios bajos muy juntos; si no hubiera sabido que era un castillo, K. lo habría podido tomar por una pequeña ciudad. Vio solo una torre, y no pudo saber si pertenecía a un edificio destinado a habitación o a una iglesia. A su alrededor volaban bandadas de cornejas.

Con los ojos en el castillo, K. siguió adelante; nada más lo preocupaba. Sin embargo, al acercarse, el castillo lo decepcionó: no era más que una pequeña ciudad francamente miserable, compuesta de casas de pueblo y apenas notable porque todo era de piedra, aunque la pintura se había caído hacía tiempo y la piedra parecía desmoronarse. K. recordó fugazmente su pequeña ciudad natal, que apenas tenía que envidiar a aquel llamado castillo; si para él se hubiera tratado solo de una visita, la larga caminata habría sido una lástima y hubiera hecho mucho mejor en visitar de nuevo su vieja ciudad natal, que no había visto en mucho tiempo. Y comparó mentalmente la torre del campanario de su ciudad con la torre de allí arriba. Aquella torre que, decidida, sin titubear, se iba estrechando recta hacia lo alto, terminando en un amplio tejado de tejas rojas, era un edificio terrenal —¿qué otra cosa puede construir el hombre?—, pero con un objetivo más elevado que la multitud de casas bajas, y tenía un significado más claro que el de un triste día de trabajo. Aquella torre de arriba —la única visible—, la torre de un edificio destinado a vivienda, como ahora veía, tal vez parte del castillo principal, era una construcción redonda y uniforme, en parte cubierta piadosamente de hiedra, con ventanitas que relucían al sol —lo que tenía algo de demencial— y un remate en forma de azotea, cuyas almenas se recortaban inseguras, irregulares y quebradizas contra el cielo azul, como dibujadas por una mano de niño temerosa o descuidada. Era como si algún triste habitante de la casa, que hubiera debido encerrarse en la habitación más apartada, hubiese atravesado el techo y se hubiera alzado, mostrándose al mundo.

Otra vez se detuvo K., como si estando quieto tuviera más fuerzas para juzgar. Pero entonces algo lo distrajo. Detrás de la iglesia del pueblo junto a la cual se había detenido –en realidad era solo una capilla, ampliada como un granero para acoger a la comunidad– estaba la escuela, un edificio largo y bajo, que reunía curiosamente el carácter de lo provisional y de lo muy antiguo, se encontraba tras un jardín cercado, ahora campo de nieve. En aquel momento salían de él los niños con el maestro. Los niños rodeaban al maestro en apretado montón y todos los ojos lo miraron a él, mientras parloteaban incesantemente, pero K. no entendía nada de su rápida conversación. El maestro, un hombre joven, menudo y estrecho de hombros, pero sin llegar a resultar ridículo, muy erguido, había divisado a K. ya desde lejos, si bien es verdad que, salvo el grupo de niños, K. era el único ser humano a la vista. Como forastero, K. fue el primero en saludar, sobre todo tratándose de un hombrecito tan autoritario. «Buenos días, señor maestro», dijo. Los niños enmudecieron de golpe: aquel silencio súbito como preparación de sus palabras debía de agradar al maestro. «¿Está contemplando el castillo?», preguntó, más suavemente de lo que K. había esperado pero con tono de no aprobar lo que hacía K. «Sí», dijo K., «soy forastero, solo estoy en el pueblo desde anoche.» «¿No le gusta el castillo?», preguntó el maestro rápidamente. «¿Cómo?», preguntó K. a su vez, un tanto sorprendido, y repitió su pregunta de forma más amable: «¿Que si me gusta el castillo? ¿Por qué no me iba a gustar?». «A ningún forastero le gusta», dijo el maestro. Para no decir nada inoportuno, K.

cambió de conversación y preguntó: «¿Sin duda conocerá usted al conde?». «No», dijo el maestro, y se dispuso a alejarse, pero K. no cejó y le preguntó de nuevo: «¿Cómo? ¿No conoce al conde?». «¿Por qué iba a conocerlo?», dijo el maestro en voz baja y añadió, en francés, en voz alta: «Dése cuenta de que hay niños inocentes». K. aprovechó la ocasión para preguntar: «¿Podría visitarlo alguna vez, señor maestro? Estaré aquí algún tiempo y me siento ya un tanto solo, no formo parte de los aldeanos, y del castillo, sin duda, tampoco». «Entre los aldeanos y el castillo no hay ninguna diferencia», dijo el maestro. «Puede ser», dijo K., «pero eso no cambia en nada mi situación. ¿Podría visitarlo alguna vez?» «Vivo en la calle de los Cisnes, junto al carnicero.» Era más una indicación que una invitación, pero K. dijo: «Está bien, iré». El maestro asintió y siguió adelante con su montón de niños, que inmediatamente volvieron a gritar. Pronto desaparecieron en una callejuela que descendía bruscamente.

K., sin embargo, estaba descontento, irritado por la conversación. Por primera vez desde su llegada sentía verdadero cansancio. El largo viaje hasta allí no pareció al principio haberlo afectado en absoluto —¡cómo había andado todos aquellos días, paso a paso, tranquilamente!—, pero ahora, sin duda en un momento inoportuno, se manifestaban las consecuencias de aquel esfuerzo descomunal. Lo atraía irresistiblemente buscar nuevas relaciones, pero cada nueva relación intensificaba su cansancio. Si, en el estado en que se encontraba, se obligaba a prolongar su paseo al menos hasta la entrada del castillo, habría hecho más que suficiente.

De manera que siguió adelante, pero el camino era largo. La calle, aquella calle principal del pueblo, no llevaba al cerro del castillo; solo se acercaba, pero luego, como deliberadamente, se apartaba y, aunque no se alejaba del castillo, tampoco se acercaba más a él. K. esperaba continuamente que la calle torciera por fin hacia el castillo, y solo porque lo esperaba seguía adelante; evidentemente como consecuencia de su cansancio vacilaba en dejar la calle, y lo asombraba también la longitud de aquel pueblo, que no terminaba nunca; continuamente las pequeñas casitas y los cristales helados y la nieve y la falta de gente... Por fin se desvió de aquella calle que lo retenía, tomó una calleja estrecha, en donde la nieve era aún más profunda y resultaba un trabajo pesado levantar los pies que se hundían, rompió a sudar y de pronto se detuvo sin poder seguir.

Sin embargo, no estaba abandonado: a derecha e izquierda había cabañas de aldeano; hizo una bola de nieve y la arrojó contra una ventana. Inmediatamente se abrió la puerta –la primera puerta que se abría durante todo su recorrido por el pueblo– y apareció un viejo campesino, de parda chaqueta de piel, con la cabeza echada a un lado, amable y débil. «¿Puedo entrar un momento en su casa?», dijo K. «Estoy muy cansado.» No escuchó lo que el viejo decía y aceptó agradecido la tabla que empujaban hacia él y que lo salvó inmediatamente de la nieve; dando unos pasos, se encontró en la habitación.

Una gran habitación en penumbra. Quien venía de fuera no veía nada al principio. K. tropezó con una pila de lavar, y una mano de mujer lo sostuvo. De un rincón

llegaban gritos de niños. De otro surgían volutas de vapor que oscurecían la penumbra, y K. se sentía como entre nubes. «Está borracho», dijo alguien. «¿Quién es usted?», dijo una voz autoritaria y luego, sin duda dirigiéndose al viejo: «¿Por qué lo has dejado entrar? ¿Vamos a dejar entrar a cualquiera que ande por la calle?». «Soy el agrimensur del conde», dijo K., tratando de justificarse ante los que seguían invisibles. «Ah, es el agrimensur», dijo una voz de mujer, y entonces se produjo un silencio absoluto. «¿Me conocéis?», preguntó K. «Desde luego», dijo brevemente la misma voz. El que conocieran a K. no parecía ser ninguna recomendación.

Finalmente se disipó un tanto el vapor y K. pudo orientarse despacio. Parecía ser un día de colada general. Cerca de la puerta estaban lavando ropa. El vapor, sin embargo, venía del rincón de la izquierda, en donde, en una barrica de madera, mayor de lo que K. había visto nunca, porque tenía aproximadamente el tamaño de dos camas, dos hombres se estaban bañando en el agua humeante. Pero más sorprendente aún, sin que se supiera con exactitud en qué consistía lo sorprendente, era el rincón de la derecha. Por un gran tragaluz, el único en la pared del fondo de la habitación, entraba, indudablemente desde el patio, una pálida luz de nieve que daba un brillo como de seda al vestido de una mujer que, metida en ese rincón, casi estaba echada, reventada, en un alto sillón. La mujer mantenía a un niño contra su pecho. A su alrededor jugaban otros niños, hijos de aldeanos como era evidente, pero ella no parecía ser una de ellos: sin duda, la enfermedad y el cansancio refinan también a los aldeanos.

«¡Sentaos!», dijo uno de los hombres, un barbudo que tenía además un bigote bajo el que mantenía siempre abierta su boca resoplante; con la mano, cosa cómica de ver, le señaló por encima del borde de la cuba un arcón, salpicando al hacerlo de agua caliente el rostro de K. Sobre el arcón se sentaba ya, dormitando, el viejo que había dejado entrar a K. Este se sintió agradecido de poder sentarse por fin. Nadie se ocupaba ya de él. La mujer que había junto a la pila de lavar, rubia y en plena juventud, cantaba en voz baja mientras trabajaba; los hombres del baño pataleaban y se revolían; los niños querían acercarse a ellos pero eran siempre rechazados con poderosas salpicaduras que tampoco perdonaban a K.; y la mujer del sillón estaba echada como sin vida, y ni siquiera miraba al niño que tenía al pecho, sino, de forma imprecisa, hacia lo alto.

K. había contemplado sin duda largo tiempo aquel cuadro hermoso y triste que no cambiaba, pero debió de quedarse dormido porque cuando, llamado por una voz fuerte, se sobresaltó, tenía la cabeza apoyada en el hombro del anciano que estaba a su lado. En el baño, en el que retozaban ahora los niños, vigilados por la mujer rubia, los hombres habían terminado y permanecían, vestidos, delante de K. Resultó que el barbudo gritón era el menos importante de los dos. El otro, en efecto, no más alto que el barbudo y con una barba mucho más pequeña, era un hombre callado y meditabundo, de ancha complexión y rostro también ancho, que mantenía la cabeza baja. «Señor agrimensor», dijo, «no puede quedarse aquí. Perdone la descortesía.» «No quería quedarme», dijo K., «solo descansar un poco. Ya lo he hecho y ahora me iré.» «Probablemente se asombrará de nuestra

falta de hospitalidad», dijo el hombre, «pero la hospitalidad no es costumbre entre nosotros; no necesitamos huéspedes.» Un tanto reanimado por el sueño, y un tanto más despejado que antes, K. se alegró de aquellas palabras francas. Se movía más libremente, apoyó su bastón aquí y allá y se acercó a la mujer del sillón; por lo demás, él era la persona más alta del cuarto.

«Desde luego», dijo K., «¿para qué ibais a necesitar huéspedes? Sin embargo, de vez en cuando se necesita a alguno, por ejemplo a mí, el agrimensor.» «Eso no lo sé», dijo el hombre lentamente; «si os han llamado, probablemente os necesitarán, sin duda se trata de una excepción, pero nosotros, la gente poco importante, nos atenemos a la norma, y no nos lo puede tomar a mal.» «No, no», dijo K., «solo puedo daros las gracias, a vosotros y a todos los que están aquí.» Y, de forma inesperada para todos, K. se dio la vuelta de golpe, ceremoniosamente, hacia la mujer. Ella lo miró con sus ojos azules y cansados; un pañuelo de seda transparente le caía hasta la mitad de la frente y el niño dormía contra su pecho. «¿Quién eres?», preguntó K. Desdeñosamente, y no resultaba claro si el desprecio era hacia K. o hacia su propia respuesta, ella dijo: «Una muchacha del castillo».

Todo aquello había durado solo un momento, pero ya tenía K. a derecha e izquierda a los dos hombres que, como si no hubiera otra forma de entenderse, lo conducían en silencio pero a la fuerza hacia la puerta. El anciano se alegró de algo y aplaudió. También la lavandera se rió cuando los niños se pusieron de pronto a hacer ruido como locos.

K., sin embargo, se encontró de pronto en la calle; los hombres lo vigilaban desde el umbral, y otra vez caía la nieve, pese a que parecía haber más claridad. El barbudo exclamó impaciente: «¿Adónde queréis ir? Por ahí se va al castillo, por aquí al pueblo». K. no le respondió, pero al otro, que, a pesar de su posición superior, parecía más tratable, le dijo: «¿Quién sois? ¿A quién tengo que agradecer esta acogida?». «Soy el maestro curtidor Lase-mann», fue la respuesta, «y no tenéis que agradecer nada a nadie.» «Está bien», dijo K., «quizá volvamos a encontrarnos.» «No lo creo», dijo el hombre. En ese momento el barbudo exclamó levantando la mano: «¡Buenos días, Artur, buenos días, Jeremias!» K. se volvió: ¡en aquel pueblo había gente en la calle! Por el lado del castillo venían dos jóvenes de estatura media, los dos muy esbeltos, con trajes estrechos, y muy parecidos también de cara; el color de su rostro era un pardo oscuro, con el que contrastaba sin embargo su barba puntiaguda, por su especial negrura. Andaban sorprendentemente deprisa teniendo en cuenta el estado de la calle, moviendo a compás sus delgadas piernas. «¿Qué tenéis?», gritó el barbudo. Solo se podía hablar con ellos gritando, por lo deprisa que iban, pero ellos no se detuvieron. «Asuntos», gritaron, riendo a su vez. «¿En dónde?» «En la posada.» «Allí voy yo también», chilló K. de repente más alto que todos los demás: tenía muchas ganas de que lo acompañaran aquellos dos; conocerlos no le parecía muy provechoso, pero evidentemente serían compañeros de camino buenos y estimulantes. Ellos, sin embargo, escucharon las palabras de K. pero se limitaron a bajar la cabeza y pronto hubieron pasado de largo.